



"Los lunes de El Financiero", 9-39
Madrid, 27 abril, 1924

Estilo y pluma

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo IV

Al rededor del estilo

II

Bueno, vamos a crear nuestro estilo. O sea, a definirlo. ¿Pero no será mejor seguir escribiendo, *estilando*, y definirlo así? ¿No es hacer algo la mejor manera de definirlo? Hacer es cosa de poética; definir, es cosa de lógica. Pero hacer, ¿no es definir?, y definir, ¿no es hacer? Bueno, bueno, contengamos la pasión —trágica pasión!— de la dialéctica. Pasión que es la más activa de las acciones. Y vamos con el estilo.

Ante todo, lo que casi todos creen saber: ¡la etimología! El estilo—o estilete—, era aquel punzón con que los antiguos escribían, en la escuela de primeras letras, sobre tablillas enceradas, como nuestros niños con un pizarrín sobre una pizarra. Y ese estilo podía ser un arma, y hasta mortífera. Hay canonizado un santo maestro de escuela, a quien se dice que sus discípulos, que eran paganos, por ser él cristiano, le mataron, martirizándole—es decir, *atestigüándole*—con sus estilos. O sea, que le estilizaron. Y ¡cuántos maestros no han sido así estilizados por sus discípulos! Que esta es la *disciplina*—o sea disciplina—de ciertos discípulos. Y vea el lector, como cuando hay quien bien los pastorea son las palabras mismas, las palabras vivas, las que procrean y nos dan conceptos vivos. Y es que decir—no hablar—es crear pensamiento, y es hacer y es vivir. Pero hablar como los botarates es morir.

Quedamos, pues—si es que algo queda—, en que el estilo era el punzón con que los niños antiguos—hay los viejos modernos—escribían en tabletas enceradas. Punzón que podía es-

trimirse como arma. Lo que no ocurre con lo que hoy llamamos pluma, que fué de ave y es de acero. Con una pluma de acero se le puede a uno sacarle un ojo y hasta matarle—estilizarle—, lo que no era fácil con una pluma de ave, de ganso, por lo general. Con una pluma de ganso, por bien cortada que esté, no se le estiliza a nadie.

Algunas veces se dice en vez de «tiene buen estilo»—lo que, como veremos, es una tontería, pues no hay estilo bueno ni malo, sino tenerlo o no tenerlo, y todo estilo con cuanto estilo (y aquí de San Agustín) es bueno—, algunas veces, en vez de «tiene buen estilo», se dice «tiene buena pluma». O se hablaba de la bien cortada pluma de un escritor, cuando se cortaban las plumas del ala de un ganso para escribir con ellas.

¡Una pluma! Una pluma suponía un ala.

Lo triste es que un ala no siempre supone el vuelo. Es más; los avechuchos de que se sacaban las plumas para escribir, no eran voladores. Eran pobres aves de corral, que hacían, sí, los vuelos, pero no volaban. Ni ponían sus huevos en los altos riscos de la cumbre, ceñidos de cielo. Ponían sus huevos entre la paja del corral.

Desde que las plumas son de acero, ya no resulta lo de llamar pluma al estilo. Además, las plumas llamadas estilográficas, son de oro, más o menos puro. Y ahora, si que resulta exacto aquello de *do escribió con pluma de oro*.

Mas antes de pasar adelante, debo protestar—¿se permite?—contra una expresión que he leído, y es la de hablar—hablar y no decir—de la pluma de oro de Santa Teresa. No, la pluma, el estilo, de Santa Teresa, no era de oro, sino de ala de águila. Del ala del águila de San Juan, la que mira al sol cara a cara. Así como los sabios escriben con pluma del ala de la lechuza de Minerva, la que ve en lo oscuro, pero se ciega en lo claro.





Y luego hay pluma de oro y pluma dorada; que no es lo mismo. Las plumas doradas, no suelen ser de oro. Porque el oro no se deja dorar. Los jesuitas, en cambio, suelen entretenerse en platear o en niquelar el oro. O enjalbegar el p6rfido. Por cuesti6n de decencia, por supuesto.

Y ahora, siguiendo nuestros rasgueos, hay que recordar aquellas plumas de ave cortadas en bisel, con las que se hacfa la tan ponderada letra espa~ola, la de Iturzaeta—vasco tambi6n—, con sus gruesos y sus flacos, para lo que no habfa si no dejar llevar la pluma, ya de sesgo, ya de fondo. Todo un arte: Caligrafia, como era otro arte la Gram6tica. ¡Pero luego vino la letra inglesa...!

Aquf vendrfa a pelo disertar comparativamente sobre la tradicional caligrafia espa~ola, a la Iturzaeta, y la estilfstica de nuestros preceptistas de ret6rica, y... ¡perd6neme Dios la blasfemia!... po6tica. Tambi6n en aquella estilfstica se volvfa todo preceptos sobre el modo de llevar la pluma, y cu6ndo se debfa apretar y cu6ndo no, y c6mo se hacfa, por la mera direcci6n del instrumento, los gruesos y los flacos.

Los ni~os antiguos—aquellos antiguos eran ni~os todos, a quienes habl6 la Naturaleza, dijo Leopardi, sin quitarse el velo—, los ni~os antiguos escribfan con estilo, con punsi6n, y con estilo no caben esos gruesos y flacos iturzaetescos, con estilo, no cabe caligrafia a la espa~ola. Con estilo, no se puede hacer palotes.

Y he aquf una conclusi6n pr6ctica que hemos sacado—tú, lector, y yo—de esta excursi6n etimol6gica, y es que el estilo no consiente los palotes. O mejor, que lo palotes no consienten el estilo. El que empieza por hacer palotes, difcilmente acabar6 teniendo estilo. Y es que el estilo no se hace. Se nace con 6l o no se nace. Lo que ocurre, es que a las veces tarda uno en encontrar su estilo. O sea, que tarda en encontrarse a s6 mismo, en descubrir su propia personalidad.

Y ya estamos en lo de Buffon, o sea, que el estilo es el hombre. ¿El hombre o la personalidad? Pero, ¿es hombre el que no tiene personalidad?

Miguel de UNAMUNO

